

ciclo
GRAN PANTALLA

13 MIÉ
20:30

16 SÁB
18:00

El gran Lebowski

Joel Coen. EEUU. 1998. 117 min. Color. v.o.s.e. Color



FICHA TÉCNICA

Título original: *The Big Lebowski*.

Título español: *El gran Lebowski*.

Nacionalidad: EEUU. **Año de producción:** 1998.

Dirección: Joel Coen.

Guión: Joel Coen, Ethan Coen.

Producción: Polygram Filmed Entertainment / Working Title Films.

Productor: Ethan Coen.

Fotografía: Roger Deakins.

Montaje: Ethan Coen, Joel Coen, Tricia Cooke.

Ayte. de dirección: Jeff Rafner.

Música: Carter Burwell.

Director artístico: John Dexter.

Vestuario: Mary Zophres.

Maquillaje: Jean Ann Black, Daniel Curet, Edouard F. Henriques.

Decorados: Chris L. Spellman.

Intérpretes: Jeff Bridges, John Goodman, Julianne Moore, Steve Buscemi, David Huddleston, Philip Seymour Hoffman, Sam Elliott, John Turturro, Tara Reid, Ben Gazzara, Peter Stormare, Mark Pellegrino, Jon Polito, David Thewlis, Flea.

Duración: 117 min. **Versión:** v.o.s.e. Color.

SINOPSIS

El Nota, un vago que vive en Los Angeles, un día es confundido por un par de matones con el millonario Jeff Lebowski, con quien sólo comparte apellido. Después de que orinen en su alfombra, el Nota inicia la búsqueda de El Gran Lebowski. De su encuentro surgirá un trato: el Nota recibirá una recompensa si consigue encontrar a la mujer del magnate.

COMENTARIO

Fargo (1996) fue la película que había rescatado a Joel David y Ethan Jesse Coen de la senda de la incertidumbre. El sonado estropecio de *The Hudsucker Proxy* (El gran salto, 1994), su primer y fallido intento de realizar un cine más "comercial" y apto para un público más masivo (en un intento por, sobre todo, aumentar beneficios y ganarse la confianza de algunos gerifaltes-productores de Hollywood, temerosos como solían ser éstos del cine de autor), se había saldado con un batacazo en taquilla y el varapalo de la crítica especializada. Pero gracias a *Fargo*, el futuro volvía a aparecer despejado: el aplauso unánime de la crítica, siete nominaciones a los Oscars y muy especialmente su mejor recaudación hasta la fecha fueron las recompensas que volvieron a situarlos en la orilla segura de la industria.

La opción fácil hubiese sido, pues, repetir la fórmula del éxito de *Fargo*. Una fórmula que, además, era la que habían demostrado dominar mejor: cine negro con tintes de comedia oscura, centrado en un argumento donde un plan criminal se va complicando por momentos. La receta básica de la "película Coen", por así decirlo. Pero negándose siempre a quedar encasillados, los dos hermanos decidieron cambiar una vez más de registro con su siguiente trabajo, *The Big Lebowski* (El gran Lebowski, 1998).

Del cine negro con toques de humor pasaron a la comedia con toques de cine negro. *The Big Lebowski* era una especie de parodia inadvertida e involuntaria de *Fargo*, o según afirmaron los propios Coen, un desenfadado retruécano que daba una vuelta de tuerca irónica a novelas como *El sueño eterno* y *El largo adiós* de Raymond Chandler.

En el film, un desempleado sin ambiciones cuya única ocupación conocida es jugar a los bolos ("The Dude") es confundido con otra persona a causa de su apellido y se ve envuelto en una intriga delictiva de la que nada sabe pero de la que no puede escapar. Aunque el argumento era verdaderamente lo de menos: *The Big Lebowski* funcionaba como un muestrario de personajes estrambóticos y situaciones absurdas diversas; como la descripción de un microcosmos que, efectivamente, era un reverso paródico de las cosmologías criminales de Raymond Chandler.

El carisma de los personajes era muy especialmente lo que daba fundamento a la película: para encarnarlos, los Coen recurrieron a sus actores-fetiches de siempre, que resultaron ser infalibles como de costumbre: John Goodman, Steve Buscemi, John Turturro... todos ellos daban lo mejor de sí (se podría emplear la manida expresión de que



"están en estado de gracia), bajo la dirección de los dos hermanos y sus papeles en *The Big Lebowski* se convirtieron en hitos de sus respectivas carreras, especialmente en el caso de Goodman y Turturro. Como protagonista contaron con **Jeff Bridges**, un actor camaleónico cuyo antiguo estrellato había perdido por entonces cierto brillo, pero que con el personaje de "The Dude" terminaría alcanzando un estatus icónico. La naturalidad con que Bridges se metió en el papel no fue producto de la casualidad: por ejemplo, las ropas que The Dude llevaba en el film eran ropas que Bridges solía usar en su vida cotidiana (dato que explica lo pintiparada que le quedaba esa mítica bata o esas sandalias cangrejerías de plástico). Su aspecto en el film no era muy distinto al que presentaba en su intimidad, así que ni siquiera necesitaba cambiarse para acudir al rodaje. Obviamente Jeff Bridges no era The Dude (debemos recordar que en la conformación del personaje también influyeron decisivamente otros sujetos como Jeff Dowd, tipo que ayudó a los Coen en la distribución de la primera película de los hermanos de Minnesota, *Sangre fácil* (1984) o Pete Exline, un veterano de la guerra del Vietnam que vivía en un apuesto cuchitril y que tenía una alfombra de la que se sentía, nadie sabe por qué, especialmente orgulloso) pero el anárquico desenfado de su caracterización era auténtico como la vida misma y esa autenticidad caló en el público; de hecho terminó transformando a su personaje en la figura más reconocible de la filmografía de los Coen. Si alguien tiene dudas sobre el rotundo éxito de The Dude o de su implantación en el imaginario colectivo popular, sólo tiene que atender al hecho de que, en Estados Unidos, existe la llamada *The Church of the Latter-Day Dude* (esto

es, la Iglesia de El Nota de los últimos días), cuyo principal fin es promover el estilo de vida, el pensamiento del personaje que encarna Jeff Bridges... amén de consumir algún que otro ruso blanco por el camino.

Aunque algunos críticos tacharon la cinta de superficial o, sobre todo, de no ser más que la suma de sus divertidas pero inconexas partes, la recepción fue mayoritariamente muy positiva. *The Big Lebowski* obtuvo una buena acogida crítica y a nivel de público repitió el modesto pero suficiente éxito de *Fargo*. De hecho, aunque *The Big Lebowski* es probablemente la película más popular de los Coen a nivel de referencias y está rodeada de todo un culto, como decíamos anteriormente, en torno a sus personajes y secuencias, la verdad es que tardó tiempo en adquirir esa naturaleza referencial. Eso sí, hoy es una de sus películas más apreciadas.

El film está repleto de figuras, diálogos y secuencias que forman ya parte del acervo cinematográfico general. Si bien es cierto que como obra en conjunto no era tan redonda como *Fargo*, tampoco puede negarse que contiene algunos de los alardes estéticos más impresionantes de los hermanos Coen. Por citar el ejemplo más obvio: los créditos iniciales constituyen uno de los momentos cinematográficos más mágicos y memorables de las décadas recientes. La combinación entre la canción *The man in me* de Bob Dylan con las imágenes de una bolera ponían los pelos de punta. Un lugar —la bolera— que había aparecido en tantas películas y que se antojaba un escenario de lo más trillado, prosaico y vulgar, era **repentinamente transformado en poesía** ante nuestros asombrados ojos. ¿Puede

ser bella y elegante la estampa de un tipo de aspecto vulgar haciendo algo tan poco glamoroso como echarle spray a una ristra de zapatos? Sí, increíblemente, sí puede serlo, si está filmada del modo adecuado. ¿Y qué decir de la aparición de Jesús Quintana, el estrofarario y desagradable bolista pedófilo, bajo un fondo musical que consistía en los **Gipsy Kings** versionando a los **Eagles**? Nadie que haya visto esa secuencia podrá olvidarla jamás. Los Coen, como decíamos, **habían hallado la piedra filosofal que les permitía crear su propia iconografía**.

Evidentemente, no toda la película estaba hecha de esos mimbres ni *The Big Lebowski* era exactamente un film con vocación museística, sino más bien una comedia de aparente informalidad. Pero confirmaba lo que ya sabíamos por *Fargo*: la maestría técnica de los Coen había alcanzado la madurez. El maridaje entre música e imagen, la dirección de actores, el ritmo narrativo y la constatación de que, efectivamente, podían crear un fascinante universo propio recurriendo a elementos que por separado poco tenían de mágicos, pero que bajo su visión adquirían una nueva aureola de fantasía. Ahora sí, los Coen eran —por desarrollar un símil que podría molestar a algún incondicional de los hermanos cineastas— los **Tim Burton** de lo cotidiano. En todo caso se habían convertido en los amos y señores de la magia adulta en el cine.

Por Emilio de Gorgot en Jot Down (contemporary culture mag), extracto de "O Brothers: el mundo según los Coen (y II)" (6/9/2012).
<http://www.jotdown.es/2012/09/o-brothers-el-mundo-segun-los-coen-y-ii/>

